

presente edición de las obras de Díez del Corral ofrecen así, además de una muestra de lealtad intelectual y personal, una excelente base para difundir un modo de pensar por parte de todos aquellos que experimenten la

atracción de las grandes dosis de belleza, lucidez y oficio de historiador que encierran al servicio de lo mejor del legado de la civilización europea.

LUIS ARRANZ NOTARIO

1968. Magnum en el mundo.
Textos de Eric Hobsbawm y Marc Weitzman.
Lunweg, Barcelona, 1998.

Si fuésemos requeridos a citar los acontecimientos históricos (esto es, aquellos acontecimientos que imprimen un carácter impredecible al curso de la historia y que, en todo caso, inciden en un cambio duradero en las estructuras de la sociedad) más significativos de la década de los 60, a buen seguro que la ola de protesta vivida en París en mayo de 1968 figuraría en un lugar prominente. Los medios de comunicación de masas han convertido las asambleas en el campus de la Sorbona, los enfrentamientos entre estudiantes y policías en el Barrio Latino o la manifestación gaullista a lo largo de los Campos Elíseos en iconos de nuestra cultura de masas. Tal vez sea algo inherente a la lógica de funcionamiento de los mass media simplificar en un momento y lugar concreto una serie de protestas colectivas de alcance mucho más amplio y complejo. Porque, en efecto, 1968 fue testigo de movilizaciones colectivas que trascienden las fronteras francesas. Y eso es

algo que este libro de fotografía que comentamos viene a corroborar.

El libro goza de una unidad temática incuestionable. En efecto, todas las fotos (de la mano de firmas tan legendarias de la agencia fotográfica Magnum como Henri Cartier-Bresson, Marc Riboud y Josef Koudelka, entre los más de 30 fotógrafos representados en el libro) tienen que ver, de una manera explícita en ocasiones, soterrada en otros casos, con el ciclo de protesta que recorrió las calles de lugares del mundo tan variados como París, Washington, Praga, Berlín, Tokyo o México D. F. Tal y como se encarga de subrayar en un magnífico prólogo el historiador Eric Hobsbawm, 1968 fue un año en el que se vivieron acontecimientos históricos en los tres mundos que acostumbraban a distinguir los analistas de la época: Occidente, el bloque comunista y el «tercer mundo.» Esta es, pues, una de las conclusiones de este libro: que, frente a cualquier imagen reduccionista que se empeñe en

convertir a París en el icono único, en la esencia misma de las movilizaciones estudiantiles y populares de 1968, el fenómeno de la movilización colectiva fue de mayor alcance espacial, esparciéndose por multitud de puntos del globo. Así pues, convertir a París en el epítome del 68 tiene sentido únicamente si somos conscientes al mismo tiempo de la amplitud de los acontecimientos.

Esta consideración nos conduce directamente a otra conclusión que sugiere el libro. El hecho de que el recurso ciudadano a la protesta se generalizase y extendiese por contextos geopolíticos diversos nos induce a pensar que entró en funcionamiento algún mecanismo de difusión transnacional de la protesta, alguna forma de contagio de las actitudes de protesta social de un país a otro, de una ciudad a otra. Sin duda, los medios de comunicación sirvieron de catalizadores de la extensión de la protesta en sociedades dispares. Sólo de esa manera nos podemos explicar que los estudiantes norteamericanos, japoneses, alemanes, franceses o mexicanos saliesen simultáneamente a las calles en actitud de confrontación como único modo de hacer oír sus reivindicaciones. Evidentemente, los motivos que espolearon las protestas, las formas de acción o los marcos de acción colectiva (por señalar tan sólo tres dimensiones clave en el estudio de la protesta social) no fueron del todo equiparables entre, di-

gamos, los estudiantes mexicanos que elevaban sus protestas en vísperas de los Juegos Olímpicos y la población checoslovaca que arriesgaba su vida delante de los tanques rusos. La protesta se difunde con harta frecuencia de un país a otro, pero nunca lo hace de modo mimético. Pero, por encima de las especificidades nacionales, parece cierto que operó un «marco de protesta democratizador» que permitía englobar las reivindicaciones de los diversos actores movilizados bajo la bandera de mayores cotas de participación ciudadana en la configuración de su destino colectivo. Esto fue cierto tanto de los estudiantes franceses y alemanes, como de los actores movilizados en México o en Checoslovaquia.

Las consecuencias de este ciclo de protesta que alcanzó su momento cumbre en 1968 no resultan del todo fáciles de dilucidar. De hecho, la evaluación de las consecuencias o efectos de los movimientos sociales sigue siendo uno de los territorios más resbaladizos e inaprehensibles en el estudio de la acción colectiva. Ciñéndonos ahora al contexto geopolítico occidental, la insatisfacción con el curso que estaban tomando las sociedades complejas precipitó el recurso a la acción colectiva por parte de aquellos sectores de la sociedad con una mayor capacidad cognitiva, en especial estudiantes, con el ánimo no de hacerse con el poder estatal (por eso no se trató de revolu-

ciones fallidas), sino de reformar radicalmente las estructuras políticas, sociales, económicas y, sobre todo, culturales. De ahí que Hobsbawm sostenga que «en Occidente la revuelta estudiantil, aunque parecía hablar un lenguaje político, era un fenómeno ajeno a la economía y la política... Su alcance cultural fue mucho más grande que su impacto político» (p.10). Es decir, que los acontecimientos históricos que vivieron las sociedades occidentales en los años 60 tuvieron la consecuencia de una transformación duradera de las estructuras culturales y, de un modo más difuso, indirecto y, en cualquier caso, menor del pretendido, de las estructuras políticas y económicas. Los «momentos de locura» colectiva en los que el futuro se presentaba abierto y por construir sobre bases nuevas, esa pasión constructiva inherente a todo proyecto destructivo revolucionario, se vio súbitamente truncado, con la generalización de sentimientos de decepción y

fracaso subsiguientes. *Post coitum omnia animal triste*. En este sentido, la generalización en el tejido social de los valores post-materialistas, tal y como ha demostrado Inglehart en sus estudios transnacionales, se puede datar en los movimientos que vivieron su momento de mayor esplendor en los años 60.

En suma, pues, esta colección de fotografías en torno a 1968 resultará de especial interés para quien esté interesado en comprender la escena de movimientos sociales de los años 60 y sus múltiples ramificaciones hasta nuestros días. Resulta el complemento visual ideal del creciente cuerpo de literatura sociológica, histórica y politológica que se ocupa de aspectos tales como la contribución de los movimientos sociales a la autocreación de la sociedad, su papel en el escenario de actores colectivos o su continuidad/discontinuidad con movimientos del pasado.

JESÚS CASQUETTE

José Luis Rodríguez Jiménez: *La extrema derecha española en el siglo xx*. Madrid, Alianza Editorial, 1997, 554 págs.

José Luis Rodríguez Jiménez es un historiador especializado en temas de la extrema derecha contemporánea, española y europea. Es autor de un incitante volumen sobre la extrema derecha durante la transición democrática y de numerosos ar-

tículos sobre Fuerza Nueva y el Frente Nacional francés. En el volumen que comentamos, el autor intenta perfilar la trayectoria histórica de la extrema derecha española a lo largo del siglo xx, con incursiones en siglos anteriores.